



LA GALERIA SCIARRA.—UN RETRATO POR RAFAEL.

El palacio Sciarra, situado cerca del templo de Antonino Pio, ha dado su nombre á una plazuela que se comunica con la gran calle de Roma, el Corso. Su arquitectura fué diseñada por Flaminio Poncio, á escepcion del pórtico de mármol blanco, atribuido á Vignola ó á Antonio Labacco.

Los cuadros, que hoy constituyen toda la celebridad de este edificio, estan distribuidos en las salas del primer piso. Sobre la puerta de la galeria se lee una inscripcion, cuyo sentido es el siguiente: «Se advierte que no debe entrar en esta galeria quien no se halle dispuesto á dar un escudito romano al portero.» Esta advertencia, poco estimulante para los jóvenes artistas, destierra la sonrisa de sus labios, y mas de cuatro se detienen tristemente en el umbral de aquella puerta inhospitalaria. El viajero, precisado á verlo todo, cueste lo que cueste, pasa adelante, aun cuando sea contra su gusto, hasta que se encuentra en la antecámara frente á frente de un viejecito con medias de seda, calzon corto, casaca larga de paño negro y coleta antigua: es el portero, ó mejor dicho, el guardian del palacio. Recibe, por supuesto, el escudo romano con la mayor seriedad y sin la menor muestra de gratitud, lo cual revela que esta contribucion, impuesta á los extranjeros, no entra en su caja particular,

sino en la de los propietarios del edificio, quienes no la emplean por cierto en la conservacion de la galeria. Los sillones cubiertos de polvo y unos héticos sofás medio remendados con una tela vieja de seda atestiguan demasiado que los principes de Sciarra fueron en otro tiempo mas felices: por lo demás, el producto de aquella esposicion basta para que un noble romano de nuestros dias pueda vivir plebeyamente. El artista que quiere copiar algun cuadro de la galeria paga cierto número de escudos, en proporcion del mérito de la obra, pues en un rincon de la antecámara se ve fijada la tarifa de los precios.

Por breve que sea la permanencia de un viajero en Roma, la galeria Sciarra es de aquellas cosas que no puede olvidar, porque posee dos cuadros capaces por si solos de ilustrar el museo de una gran ciudad: *la Vanidad y la Modestia*, por Leonardo de Vinci, y un retrato, por Rafael.

Las dos figuras del primero de estos cuadros aparecen en relieve, y el contraste de su expresion es de un efecto y de un encanto inenunciables. ¡Cuántas veces se presentan en la mente ambas tan distintas en sus atributos y tan admirables en su ejecucion! ¡Qué moralista ha espuesto un análisis mas elocuente de un vicio y de una virtud!

28 DE DICIEMBRE DE 1851.



tud! ¡Qué lienzo prueba mejor que con el pincel puede ser un hombre tan gran filósofo como con la pluma ó la palabra!

No admira menos el retrato debido á Rafael. Nobleza, serenidad, dulzura, todas las bellas cualidades del alma se retratan en aquel semblante desconocido. ¿Quién fué el mortal cuyas facciones inmortalizó el divino artista? Se ignora. ¿Es por ventura alegórico el arco de contrabajo que empuña? ¿Significa que el original del retrato era algún célebre músico del siglo XVI? La fecha, 1518, que lleva el cuadro, no nos ha revelado hasta hoy su nombre; tal vez llegue el día en que algún empolvado manuscrito, algún contrato, algún códice de capilla descubierto por un erudito nos aclare el anónimo: la historia de los siglos que fueron se reconstruye así poco á poco por la paciencia y el estudio de los sabios, al paso que el tiempo presente acumula y oculta á su vez, con desdenosa indiferencia, enigmas y jeroglíficos para los siglos futuros.

Solo se conocen veinte y siete retratos al óleo, que sean considerados como obras auténticas de Rafael: á este número pertenecen los de Lorenzo y Julian de Médicis, Bembo, Juan de la Casa, Carondelet, Baltasar Castiglione, Inghirami, Baldo, Bartolo, Bindo Altovici y Juana de Aragon.

Las cartas y memorias contemporáneas atestiguan repetidas veces el eminente mérito de semejanza que todos admiraban en los retratos de Rafael.

Se cuenta, aunque sin duda con alguna exageración, que habiendo entrado el cardenal Pesia, datario de Leon X, en una sala dispuesta á media luz, en que se hallaba el retrato de este papa, se arrodilló delante del cuadro, presentándole varias bulas para que las firmase.

La condesa Hipólita, esposa del conde Baltasar de Castiglione, escribía á este en versos latinos, que no podía apartar la vista del lienzo en que Rafael le había retratado: «Cuando estoy sola, miro tu imagen pintada por la mano de Rafael y casi se alivia mi fastidio: me sonrío con ella, la dirijo demostraciones de cariño, la hablo y se me figura que me comprende y que se agita dulcemente como si quisiese contestarme. Tu hijo te reconoce y te llama su padre: de este modo, contemplando tu retrato, procuro consolarme y olvidar la lentitud con que transcurren los días.»

Bembo escribía al cardenal de Santa María in Portico lo siguiente, hablándole del retrato del poeta Tebaldeo: «Rafael acaba de retratar á nuestro Tebaldeo con tanta verdad, que mas se le parece el cuadro, que lo que él se parece á sí mismo.»

No podemos nosotros ser jueces de las semejanzas de estos retratos, pero los grabados, aun los menos á propósito para reproducir su belleza, revelan una fuerza intelectual, un sentimiento profundo de la vida, una superioridad, que señalan á las obras de Rafael en este género el mismo puesto que á sus mas célebres cuadros. Que el modelo haya sido hermoso ó feo, joven ó agobiado bajo el peso de los años, de una condición inferior, ó enriquecido por todos los dones de la fortuna y de la fama, adquiere con el pincel de Rafael un carácter de verdadera nobleza, de tranquilidad y de dulzura, que hacen suponer que el sublime pintor solo quiso reproducir las facciones de personajes de un mérito eminente, si no supiésemos que involuntariamente imprimió en todas sus obras una parte de su alma.

Entre los demás cuadros de la galería Sciarra se distinguen:—Un bellissimo Pais, del Pusino, limpio y terso: las Tres Edades, por Vouet: una hermosa copia de la Transfiguración, de Rafael, atribuida á Valentino: una Roma triunfante y la Degollación de San Juan Bautista, por el mismo: otra Degollación, por Giorgon: los Jugadores, por Miguel Angel: un San Gerónimo y un Santiago, por Guerchin, y la familia del Ticiano, por este pintor.

## DON MIGUEL DE MAÑARA.

(CUENTO TRADICIONAL.)

I.

### LA CALLE DEL ATAHUD.

La calle del *Atahud*, situada en una de las estremidades de Sevilla, ha sido por largo tiempo el teatro de infinitas tradiciones populares, nacidas, ora de su posición topográfica, ora del origen de su extraño nombre, ora de su singular aspecto melancólico y sombrío. Pertenece al antiguo departamento de la Alhambra ó Judería, fué por algunos años el estrecho círculo á que tuvo que reducirse la desgraciada raza hebrea, tan inhumanamente perseguida por los mismos que no hacia mucho habian recibido de ella su civilización y su cultura.

Segun consta de un antiguo manuscrito, copiado de otro que poseía D. Juan Suarez de Mendoza, estrechados los judios y bárbaramente

perseguidos por los cristianos, formaron junta los mas poderosos de Sevilla, Carmona, Utrera y otros puntos de Andalucía, con el objeto de alistar gente á su partido y oponer alguna resistencia á los continuos escesos de que eran inocentes victimas. *Susona*, hija del caudillo de los hebreos, y célebre por su hermosura y seductoras gracias, tuvo el vil atrevimiento de acusar á su padre de jefe de la conspiración que se tramaba: «por lo cual prendieron á los que la componian, segun dice el citado manuscrito, cuyas causas sustanciadas les impusieron las penas que les correspondian; y cuando llevaron á quemar á *Susona* le iba arrastrando la soga con que le llevaban amarrado, y como él «presumia de gracioso, dijo á uno que iba allí: *Alzadme esa toca, Tuznezi.*»

Arrepentida la hermosa *Susona* de la vida licenciosa que hasta entonces habia llevado, y de la horrorosa muerte de su padre, á la que de una manera tan directa habia contribuido, determinó retirarse al claustro siguiendo los sanos consejos del obispo D. Reinaldo de Romero. Muy poco duró esta abnegación religiosa, volviendo en breve á sus antiguas liviandades, y á seguir en la senda de la prostitución y los vicios que de antemano se trazara, hasta llegar á tal miseria que vino á ser amiga de un especiero, valiéndonos de las palabras del referido manuscrito.

Muerta la hija del malhadado jefe de la conspiración judía, fué depositada su calavera, segun dejó encargado en su testamento, en la misma calle donde habia llevado una vida tan disipada, imponiéndosele desde entonces el nombre de calle del *Atahud*.

Con precedentes tan extraños y de tan mal agüero, segun las preocupaciones reinantes en el siglo XVII, fácil es adivinar el misterioso respeto de nuestros abuelos hacia tales sitios. Quién pretendería ver alzarse terribles fantasmas por donde quiera; cuál otro, aseguraria haber oido en el silencio de la noche los espantosos chillidos de un ejército de brujas cabalgando sobre palos y celebrando sus orgias.

Sin embargo, en las altas horas de una de las crudas noches de invierno, un hombre atravesaba rápidamente la oscura y tortuosa calle del *Atahud*. Ni el viento que silbaba espantosamente, ni la lluvia que descendía á mares; eran bastantes á interrumpir la marcha de aquel hombre que continuaba presuroso su camino.—¿Sería tal vez una sombra que, aprovechando la oscuridad de la noche, se levantaba de su tumba á vengar algún crimen sobre la tierra? ¿O acaso algún ánima en pena que venia á este mundo á implorar sufragios de los hombres? Nada menos que eso. Aunque ni una estrella ni un débil rayo de luz enviaba el cielo para distinguir á aquel hombre, sus pisadas se sentían claramente, escuchábase el sonido de su espada, y el ruido que hacia el viento al rozar la ligera capa que le cubria hasta los ojos. Tan extraña vision, en el sitio y en la época á que nos referimos, hubiera puesto pavor en el corazón mas valeroso.

Apenas el incógnito personaje hubo llegado á una de las casas de mas rara apariencia de aquella calle casi intransitable, dió un fuerte puntapié en la pequeña puerta, y mecándose esta algunos instantes sobre sus enmohecidos gonges, dejó franca entrada al desconocido caballero.

—¿Quién vá? preguntó una voz cascada y balbuciente que salía de aquella habitación cenagosa y casi subterránea.

Ni una palabra contestó aquel á tan natural pregunta.

Una luz empezó á divisarse en el fondo de la casa, apareciendo en seguida una asquerosa vieja con un mugriento candil en la mano, que alumbra débilmente el largo y estrecho callejon que los separaba.

—¿Quién vá? volvió á preguntar con voz mas agitada.

—¡Buenas noches, linda *Susona*! dijo el desconocido, con acento sonoro y varonil, añadiendo una ruidosa carcajada.

La buena muger retrocedió algunos pasos, pero repuesta algun tanto de su sorpresa, dijo:

—Decidme quién sois, ¡voto al diablo!

Pronunció estas palabras con voz tan firme y de una manera tan formal, que su interlocutor no pudo menos de prorumpir en otra carcajada. Esto la irritó tanto, que dando una fuerte patada en el suelo, hizo saltar el fango de aquel sucio pavimento.

—¿No me conocéis, maldita vieja? Soy... vuestro querido... hermosa *Susona*, añadió el caballero con voz afectada y repitiendo su habitual sonrisa.

Luego que se acercó el desconocido y se hubo desembozado, exclamó la vieja llena de gozo:

—¡Vos por aquí y á estas horas cuando tan oscura y tempestuosa está la noche!

—Ya lo veis. Esto me acredita de vuestro mas fiel parroquiano. He prometido no faltar ni una noche siquiera. ¡Qué quereis! He tenido la desgracia de comprender el mundo al revés que los demás hombres. Cuando ellos descansan, yo quiero gozar; cuando ellos temen á los truenos y los rayos, yo desafío á las iras celestiales; cuando ellos se horrorizarían de atravesar esta calle, yo vengo á insultar esos fantas-



mas, y me rio de esa asquerosa calavera;—y pronunció el nombre de *Susona*.

—¡Basta, amigo mío! eso es lo que no os perdonaré nunca, el que me llameis con el nombre de la judía. Si vérais, me horroriza el oírlo pronunciar, solo por esos cuentos tan terribles que referían mis abuelos.

—Pues yo pienso por el contrario: os llamo con el nombre de *Susona*, porque siendo fama que era tan hermosa, la verdad, os agradecería veros convertida en la famosa judía, aunque fuera cosa de un momento.

La vieja contestó con un extraño visaje, manifestando el disgusto que la causaba esta conversacion.

Mientras tanto que tuvo lugar este corto diálogo, ambos interlocutores se habian dirigido á una mezquina habitacion, situada en el fondo de aquella oscura mazmorra, que si bien podia estar dedicada á cualquiera otra clase de comercio, á primera vista solo parecia una miserable taberna. Unas cuantas mesas colocadas en desórden, una porcion de sillas en tropel, y un viejo mostrador coronado de jarros de licores, que servia de barrera al trono que habitualmente ocupaba la soberana del castillo, eran todos los muebles que constituian aquel establecimiento, erigido á la memoria del dñe Baco.

—Con que decidme, hermosa *Susona*...

—¡Caballero! exclamó la muger, interrumpiéndole nuevamente irritada, por Dios os pido que no pronunciéis mas ese nombre.

—¡Por los diablos os ruego, maldita vieja, que dejéis á un lado vuestros escrúpulos! Pero os queria preguntar si estamos solos en esta casa.

—Mucho siento que vuestros amigos, es decir, los míos, no hayan concurrido á celebrar vuestra diaria orgia. ¡Está la noche horrorosa! ¿No oís la tormenta y el agua que cae á torrentes?

—No hayais miedo, buena muger. Pero decidme, ¿estais enteramente sola? —añadió el caballero con una espresion bastante significativa.

—Ya os comprendo.

—Basta. En esta habitacion inmediata os espero, dijo el nuevo huésped, abriendo una puerta que daba paso á una pequeña sala en donde tomó asiento.

—Sereis servido como deseais, caballero, contestó la vieja, añadiendo una ridícula cortesía.

## II.

### LA SORPRESA.

El personaje de que hasta ahora nos hemos ocupado era el jóven D. Miguel de Mañara, de una de las mejores familias de Sevilla, y heredero de una gran fortuna. Pero ¿cual seria el objeto de sus nocturnas visitas á la taberna de la calle del *Atahud*? Habiendo recibido una educacion brillante, y dotado de un talento poco comun, pudo sacudir el ominoso yugo de las preocupaciones de su época, hasta el estremo de haberse creado preocupaciones nuevas, tanto mas graves cuanto que no estaban en armonía con las de su tiempo. Despreciando los consejos de sus amigos, perdió el respeto á sus semejantes, emancipándose, por decirlo así, de la sociedad, y entregándose á sus caprichos. Convenido de que encenagado en los vicios se hace menos aciaga nuestra efimera existencia, lanzóse á rienda suelta en la senda de la prostitucion, cometiendo toda clase de excesos, hasta llegar á hacerse proverbial su extraordinaria conducta. Sus riquezas, modales finisimos y arrogante figura le habian hecho el idolo del bello sexo, al cual subyugó bien pronto al soberbio carro de sus triunfos. Ni Dios ni ley eran bastantes á poner freno al jóven disoluto. Un dia que burlara á una dama, que matara en duelo á un esposo, y que gozara del estruendo y algazara de un festin, constituia indudablemente uno de los mas felices de su vida.

Tal era la extraña conducta de nuestro héroe.

Algunos momentos se habian pasado, cuando volvió la vieja ama de la casa al cuarto de D. Miguel á servirle una botella de esquisito vino. Un instante despues, una jóven encantadora se presentó ante la vista de Mañara, afectando una sorpresa agradable por tan feliz encuentro. La frescura de su tez, sus maneras francas y sus gracias seductoras, armonizaban perfectamente con sus años juveniles.

—Buenas noches, D. Miguel, dijo la graciosa criatura.

—Tomad, hermosa *Jitanilla*, y brindemos por la tormenta! fué la única contestacion de Mañara, alargando una copa de vino á la recién llegada.

—¡Sois el mas atrevido calavera que he conocido! ¿Ni aun respetais el furor del cielo para escusar vuestras aventuras, cuando la ira de Dios parece mas exaltada?

—¿Qué os importa? Ahora mismo, estando á vuestro lado, desafiaría gustoso á los rayos celestiales.

—¡Por Dios, no digais eso!

—¡Os amo tanto, que seria imposible pasar una sola noche sin haceros una visita! ¿Qué es eso, no lo creéis?

—¿Lo dudais acaso, D. Miguel? Mi existencia os la debo, mis alhajas, cuanto poseo es debido, si no á vuestro amor, al menos á vuestra generosidad... ¿Pero no oís el viento que azota esos cristales y parece querer arrastrarlo todo en su velocidad? ¿Qué oscura y tenebrosa está la noche!

—Eso quiere decir que no será posible retirarme, y que podreis disponer de un nuevo huésped; porque os aseguro que mas que nunca me interesais esta noche.

—¿Es posible?... Acaso muy pronto llegará mi esposo...

—Vuestro esposo... ¡Qué horror! Y llamais así á un hombre á quien no os une otro vinculo que una ligera amistad tan solo en su provecho?

En este momento dos hombres de muy mala catadura habian entrado en la taberna, sin ser vistos mas que por el ama de la casa. Tomaron asiento en la primera habitacion, donde fueron servidos con un buen jarro de vino.

—¡Ha venido el querido de la *Jitanilla*! dijo uno de ellos, dirigiéndose á la tabernera.

—No señor, contestó esta secamente.

—¡Rayo! dijo el mismo hablando con su compañero. ¡Qué noche!

—Tanto mejor para nuestra aventura, contestó el otro.

—¿Estais enteramente en los pormenores del plan?

—Sí; ¿él viene infaliblemente todas las noches, eh?

—No acostumbra á faltar jamás.

—¿Y el golpe será aquí mismo?

—Veremos. El querido de la *Jitanilla* llegará ya pronto, y él es nuestro jefe por esta noche.

—¿Sabeis lo que me ha ocurrido acerca del jóven que esperamos?

—Decid.

—Que bien puede faltar hoy á sus nocturnas escursiones, con motivo de esa lluvia tan abundante, ó tal vez, cuando esto no suceda, no traernos preparado el rico botín que deseamos.

—No lo creó: es un jóven poderoso y despilfarrado, que por donde quiera va derramando el oro, y haciendo alarde de sus magnificas alhajas.

Este diálogo fué seguido en voz baja y de una manera misteriosa.

Poco despues llegó un tercero á la misma habitacion: era el querido de la *Jitanilla*. En el instante en que se conocieron brilló un rayo de alegría en los semblantes de aquellos ridiculos personajes.

—Señores, ¿ha llegado nuestra victima? preguntó el recién llegado con una sonrisa amarga.

—Hace poco tiempo que hemos venido, y desde entonces nadie ha entrado, contestó uno de ellos.

Entre tanto que esto tenia lugar, D. Miguel y la *Jitanilla*, que ignoraban la escena que pasaba en la habitacion contigua, casi embriagados ya, se entregaban á requebrarse mutuamente. Cuando Mañara hubo alcanzado la hospitalidad que deseaba, gritó lleno de gozo:

—¡Vieja *Susona*! traed mas vino; y dando un fuerte porrazo sobre la mesa, rompe los vasos que acababan de servirle.

A tan extraño ruido se sorprendieron los tres hombres que ocupaban la pieza inmediata. El querido de la *Jitanilla*, no pudiendo contener el placer que experimentaba, exclamó alborozado:

—¡Albricias, amigos míos, él es! Ese cuya voz hemos oido es el corrido que vamos á devorar: veamos si está solo.

Ageno D. Miguel de Mañara de ser el objeto de las siniestras intenciones de aquellos hombres desalmados, solo pensaba en aquel momento en lo que él llamaba su felicidad.

—¡Hermosa mía, esta es para mí una noche deliciosa! decia á la seductora *Jitanilla*, que sintiendo ya los mágicos efectos del vino, mientras sus mejillas se coloraban por el mas precioso carmin, y sus ojos bañados de un líquido trasparente estaban fijos é inmóviles en D. Miguel, apretaba con un movimiento convulsivo entre sus cariñosas manos las de aquel arrogante jóven.

No pudiendo Mañara resistir tan interesante perspectiva, arrimó sus labios á los de la graciosa *Jitanilla*, y abrazando maquinalmente su delgadísima cintura, parecia querer beber hasta el último aliento de aquella encantadora y voluptuosa criatura.

Un fuerte golpe descargado sobre uno de sus hombros fué lo único que pudo sacarle de su dulce arrobamiento.

Volvióse D. Miguel rápidamente, y se halló en su presencia con el de mas feroz aspecto de aquellos tres hombres.

—¿Qué atrevimiento, voto al diablo! ¿No sabeis, caballero, que esa mujer me pertenece? dijo el querido de la *Jitanilla*.

Fueron pronunciadas estas palabras con tanta frialdad, que desde luego dejaron entrever las intenciones del que las proferia, que eran solo de aprovechar esta feliz coyuntura para mover una quimera con Mañara, y llevar á cabo sus fatales proyectos.

Púsose en pié D. Miguel, y sin contestar palabra, sacudió tan tre-



mendo bofetón á su contrario, que hizo guardar la distancia que naturalmente existía entre ambas personas.

Viéndose D. Miguel bruscamente acometido por aquellos tres hombres, desvaneció su espada deseoso de pagarles bien cara su intenciona; pero sentía Mañara muy embriagado su cerebro para sustentar aquella lucha. Los gritos de la vieja y de la *Jitanilla*, y las blasfemias de aquellos hombres sedientos de oro, alternaban con los fuertes golpes que de una y otra parte se repartían. D. Miguel llevaba precisamente lo peor de la pelea, por la desigualdad de las fuerzas; empero su valor y osadía, hasta entonces jamás desmentidos, suplían en gran parte la escasez respectiva de aquellas. Por una sagacidad combinada de antemano, fueron los bandidos retrocediendo paso á paso, hasta que con tan baja arteria consiguieron sacar á la calle á su desgraciada víctima.

La *Jitanilla* privada enteramente de sentido, y atropellada la tabernera en el furor de la lucha, no pudieron seguir á los infames que, fuera ya de la mezquina casa, acometieron con mas osadía al atrevido jóven, que sin contar entonces con todas las fuerzas de que podía disponer, se defendía valerosamente. La calle del *Atahud* presentaba el aspecto mas aterrador y sombrío: mientras el agua descendía á torrentes y el viento zumbaba de una manera espantosa, un relámpago vino á disipar aquella densa oscuridad, iluminando tan encarnizado cuadro. Una fuerte cuchillada sacudida en la cabeza del mancebo, privándole completamente de sentido, hizole exclamar con voz casi exánime y balbuciente:

—¡Infames, me habeis muerto!

—¡No hayas miedo, Mañara, que estás dentro del *Atahud*! contestó una voz gruesa é imponente, añadiendo una horrible carcajada.

Los bandidos, luego que saquearon al desgraciado jóven, desaparecieron precipitadamente. Todo quedó en un profundo silencio. Un nuevo relámpago vino á iluminar aquella tranquila y horrorosa escena. Solo se vió el cuerpo del infeliz mancebo sumergido en un lodazal inundo, y revolcándose entre la espuma de su propia sangre.

### III

#### EL ENTIERRO.

Algunos momentos después de la catástrofe que acabamos de referir, un prolongado suspiro exhalado de lo mas hondo del pecho, daba claros indicios de que D. Miguel tornaba á la razón perdida. Entonces intentó levantarse á duras penas; pero el estado de escesa embriaguez que embargaba sus sentidos, la extraordinaria conmoción que su cerebro había experimentado, y la gran cantidad de sangre que manaba de su herida, no le permitían hacerlo con entera libertad. Cuando trabajosamente se hubo levantado, y apoyado en la pared dirigió una mirada entorno suyo, como queriendo recordar lo que acababa de suceder; pero todo fué en vano. En estas ocasiones de fuertes sacudimientos cerebrales, difícilmente puede retrogradar la memoria ni aun al último suceso. Así es que, ageno de lo que le había pasado, contentóse con tocar su cuerpo, y al ver el mal estado en que se hallaba, sintióse apoderado del miedo por la primera vez en su vida, y un frío glacial corrió por sus miembros en un instante. Un trueno espantoso se escuchó en aquel momento, y un rayo de luz vino á alumbrar claramente la fatídica calle del *Atahud*. A tan sombrío cuadro mil dolorosos recuerdos saltaron la imaginación de D. Miguel, que ciego de ira llevó las manos á los ojos y lanzó un grito de furor, sintiendo de nuevo desfallecerse sus sentidos.

Hay ocasiones en esta vida en que el hombre mas desmoralizado y decorazon mas empedernido se halla dispuesto á recibir las dulces emociones que proporcionan los sublimes recuerdos de nuestra religión santa. Cuando el mas perverso y encenagado en los vicios llega á ver el mundo por el prisma de la realidad, su alma elevándose en intuitivas meditaciones y asombrada ante el horroroso aspecto de la disolución, huye veloz de ella y busca ansioso la paz de los bienaventurados.

Tal era el período transitivo que realmente estaba próximo á atravesar el desgraciado jóven D. Miguel de Mañara, cuando un lúgubre campaneó vino á herir melancólicamente sus oídos. Un sobrecogimiento religioso se apoderó de él en aquel momento, disipando el terror que al mismo tiempo podía causarle una luz fuerte que vió aparecer pausadamente por una de las estremidades de la calle. Esperando obtener el amparo de alguna persona en medio de su lastimoso estado, se dirigía aunque con trabajo hacia el lugar en que divisaba aquel resplandor que veía aumentarse sucesivamente, acompañado de una agradable murmullo que le traía el viento. ¡Pero, cual fué su sorpresa al ver multitud de luces que formando dos largas hileras guardaban exacta simetría, ocupando del uno al otro lado de la calle! Mañara tenía suficiente valor y despreocupación para no creer en brujas ni fantasmas; pero no pudo menos de retroceder algunos pasos casi involuntariamente. Al mismo tiempo observó que todas las campanas de la ciudad empezaron á tocar á muerto, formando una lúgubre armonía que puso miedo en

su corazón. En vista de aquel fúnebre acompañamiento, conduciendo en medio un féretro, y de los ritos que la Iglesia consagra á los que mueren, juzgó que sería algun entierro lo que se le había aparecido. D. Miguel quedó mudo de espanto y como petrificado: dudó si sería todo un sueño, ó efecto acaso de su embriaguez, determinándose finalmente á esperar el desenlace de aquella escena. — Un entierro... se decía á si mismo, á estas horas... y en esta calle... esto... ¡por Dios, que es misterioso!... en fin... veremos! — Al primero de los de la comitiva preguntó de esta manera:

— Buen hombre, ¿sabeis quien es el muerto?

— D. Miguel de Mañara, contestó el acompañante.

— ¡Mientes, bribon! dijo enfurecido, y sintiendo el mal estado en que se hallaba por no poderle pagar bien cara una broma tan pesada y de tan mal gusto, en su concepto.

Deseoso Mañara de tener conocimiento de aquello, no titubeó en preguntar á otro por segunda vez:

— Amigo, ¿quereis decirme el nombre del que llevan á enterrar?

— El jóven atolondrado D. Miguel de Mañara, á quien mas que yo conocéis.

Fué pronunciada esta contestación con un acento tan espresivo, que altamente irritado D. Miguel, lanzóse sobre el que de tal modo se la diera, el cual escapando súbitamente le dejó burlado. Quiso Mañara echar mano á su espada, sin acordarse de que la había perdido en la refriega; pero un poder misterioso parecía detenerle: un movimiento convulsivo se apoderó de él en aquel momento. Sin embargo, no quiso dejar de preguntar por tercera vez.

— Padre mío, dijo humildemente á uno de los que iban al lado de féretro, si es posible que me lo digais, quisiera saber el nombre de ese desgraciado.

El sacerdote se dirigió atentamente á D. Miguel, y con voz solemne le dijo:

— ¡Caballero Mañara, sois vos mismo! acercaos y lo vereis.

Con la velocidad del rayo se lanzó D. Miguel en medio de los de la comitiva; fijó los ojos en el cadáver con tal espresion que parecía quererle devorar con su vista; de repente se inyectaron sus ojos, adquiriendo una espresion feroz; sus labios cárdenos se agitaron convulsivamente; sus mandíbulas chocaron de una manera espantosa; sus cabellos se erizaron, flaquearon sus piernas, y como en un acceso de delirio exclamó con voz atronadora:

— ¡Dios mío, qué veof... ¡Mi imagen!... ¡Yo mismo!... ¡Socorro!... ¡Dios mío!... ¡Perdonadme!...

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, lanzó un grito horroroso y cayó sobre el cadáver.

### IV.

#### LA CONVERSION.

Pasado algun tiempo de esta vision extraordinaria, y desengañado D. Miguel de la pompa y de las vanidades del mundo, consagró los restantes años de su vida al ejercicio de la virtud mas austera, cediendo sus riquezas para la fundación del *Hospital de la Caridad*, que hoy existe en Sevilla, en cuyo benéfico establecimiento hizo una vida ejemplar, dedicándose él mismo á los actos de piedad y misericordia para con sus semejantes, por lo cual ha conseguido dejar para siempre eternizada su memoria.

Algunos años después tuvieron un día de luto todos los que habitaban aquel piadoso establecimiento. En una de las principales enfermerías se hallaba el cadáver de un hombre, perverso y orgulloso en otro tiempo, y que acababa de morir como modelo de virtud y mansedumbre. A su lado se encontraba una de esas caritativas mujeres que, vistiendo el tosco sayal, se dedicaban á cuidar de sus hermanos en el lecho del dolor. Arrodillada al lado de aquel cuerpo inanimado, y dirigida al cielo en religiosa plegaria, parecía elevar sus fervientes votos por la salvación de aquel hombre. La virtuosa criatura que esto hacia era la *Jitanilla*, que derramaba abundoso lloro sobre el frío cadáver de su buen amigo y protector D. Miguel de Mañara.

JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

#### ORO DE LA CALIFORNIA.

El grano de oro que representa nuestro grabado, pesa cuarenta y dos onzas, siete dracmas y tres granos. Es finísimo y se aprecia en ciento siete francos la onza. Contiene 825,5 por ciento de oro, 175,5 idem de plata y 5 idem de cobre.

Un marinero irlandés, desertor de un buque de la marina americana, lo encontró á orillas del río Djuba ó Juba. Pasajero á bordo de un paquete, volvía á Europa, y otros muchos trataron de comprar-





(Un grano de oro de la California.)

le su muestra del precioso metal, pero un cónsul francés obtuvo la preferencia, por haberle ofrecido, además del valor de la pepita, un cajón de botellas de cognac añejo. El irlandés había ya disipado dos veces, por entregarse al vicio de la bebida, sumas considerables que había ganado en la California.

Las pepitas de oro de este grueso son muy raras: nosotros la presentamos como un objeto de verdadera curiosidad, pues por lo demás, creemos que las fortunas prontas y fáciles de la California son excepciones engañosas. He aquí en apoyo de nuestra opinión el extracto de una memoria publicada por un viajero que visitó hace un año aquellas regiones.

«El clima de la alta California es altamente desagradable y mal sano. En San Francisco se experimentan todas las estaciones en un solo día de setiembre ó de octubre: nieblas por la mañana, después un calor sofocante, pasadas las doce un viento fuertísimo, y por la noche un frío extraordinario. La temperatura es en el interior muy elevada durante el verano, y las fiebres ocasionan grandes estragos en esta estación: el año último las tuvieron todos los rebuscadores de oro. En invierno quedan inundados los valles, de modo que los trabajadores se retiran á las poblaciones cuando empiezan las lluvias.

No hay oficio mas penoso que el de rebuscador de oro. En las minas secas, situadas al abrigo del curso de los ríos, se ven precisados los hombres á profundizar en la tierra hasta los diez pies antes de encontrar el metal, y muchos infelices sucumben de hambre, de fatiga y de enfermedades antes de divisar una partícula. Algunos sin embargo se enriquecen en pocos minutos: es una verdadera lotería.

Muchos rebuscadores de oro se ven tan necesitados, que tienen que vender á otros los pozos que han abierto, y en los cuales hay indicaciones seguras de que se hallará oro.

En las minas húmedas los trabajadores estan con el agua hasta medio cuerpo. Lavan por lo regular las arenas auríferas en cubetas de estaño, á las que imprimen un movimiento particular.

El jornal de un rebuscador de oro consistía hace un año en cincuenta ó sesenta francos, de los cuales se rebajaban diez ó quince para su alimento. Como las constituciones mas vigorosas no resisten mas que cinco meses al año el trabajo de aquellas minas, resulta que el ahorro de un rebuscador muy robusto puede ascender á cinco ó seis mil francos anuales, suma bien pequeña, si se consideran los peligros, los padecimientos y las privaciones que sufre, sin contar los gastos de viajes y otros que tiene que hacer durante el invierno, si no cuenta con otros medios de subsistencia.

A la California solo deben ir las personas siguientes:

Los capitalistas, que pueden realizar allí beneficios inmensos por medio de sus operaciones de banca, sus especulaciones sobre construcciones, sus cambios y explotaciones rurales.

Los artesanos, como carpinteros, serradores, etc. que ganan facilmente de ochenta á cien francos diarios; los buhoneros y los labradores.

Por último, los hombres acostumbrados desde su niñez á los trabajos mas duros, y cuya salud es bastante fuerte para resistir una vida mas penosa que la de los condenados á galeras, la vida de los rebuscadores de oro.

A los peligros, á las mil incertidumbres del oficio de minero no tardan en agregarse los impuestos, las restricciones y las vejaciones que los americanos proporcionan á los concurrentes extranjeros. El año último ya despidieron de las minas á consecuencia de algunas reyertas sangrientas, á los mejicanos, peruanos y chilenos; y si han tolerado en ellas á los franceses, consiste en que pertenecen á una nacion fuerte. La Convención reunida en Monterey, con el objeto de tomar los acuerdos indispensables para la organizacion del país, hasta que la California quede admitida como Estado en el seno de la Union, ha agravado con un impuesto á los rebuscadores extranjeros. Pero ¿cómo percibir ese impuesto de los desgraciados que frecuentemente se mueren de hambre? Esta medida solo parece ser el preludio de otras mas severas respecto á los trabajadores de otras naciones.

## DOCUMENTO PUBLICO DEL SIGLO IX.

Uno de los objetos á que consagró sus preferentes cuidados el esclarecido Alfonso el Casto cuando despues de haber arrostrado el destierro y las persecuciones que le suscitaban sus émulos logró sentarse en el trono de Asturias, fué restituir á la religion todo el lustre y esplendor de que se viera despojada desde la desastrosa ruina de la España goda. A este fin reedificó santuosamente la pobre iglesia dedicada al Salvador y á los Apóstoles, que el rey D. Fruela, su padre, erigiera en la reciente ciudad de Oviedo, y dispuso fuese consagrada por cinco obispos, y con desusada solemnidad, el 5 de octubre de 802. Para atender decorosamente al sostenimiento del culto y de los ministros de aquel templo, que fué destinado á catedral, Alfonso le dotó con gran número de alhajas, casas y heredades en el mismo dia, de la consagracion, segun consta del privilegio, ó sea testamento, que aun permanece. No paró aquí la largueza y liberalidad del noble monarca, pues diez años despues, el 16 de diciembre de 812, otorgó otra carta de donacion en favor de la misma Basilica del Salvador, en la que confirma varios dones hechos por el rey Fruela, su padre; ofrece á Dios con palabras devotísimas otros nuevos; recuerda el gran poderío que los godos alcanzaran, el abatimiento en que cayeron con su rey Rodrigo por la cuchilla de los árabes, en castigo de su arrogancia, las gloriosas victorias del restaurador Pelayo, y la circunstancia de haber nacido y recibido el bautismo el mismo donatario en aquella su predilecta ciudad de Oviedo. Este histórico escrito, uno de los mas antiguos que nos restan, y tan interesante como fiel espresion del espíritu de aquel siglo devoto al par que guerrero, es el que aquí presentamos, traducido todo lo fielmente que nos ha sido posible, del bárbaro y desconcertado latin en que está redactado. Su lectura nos hizo por un instante retroceder á los dias del Casto rey, en que el valor y la fé, el amor á Dios y á la patria, eran los sentimientos del pueblo asturiano, único que á la sazón podía llamarse español, pues que era el denodado defensor y conservador de las creencias, leyes, costumbres y lenguaje, de nuestros antepasados.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.



## PRINCIPIA EL TESTAMENTO (1) A LA IGLESIA DEL SANTO SALVADOR.

¡Oh fuente de vida! luz, autor de la luz, *alpha* y *omega*, principio y fin, raíz y generacion de David, estrella esplendorosa de la mañana, ¡oh Jesucristo! que con el Señor Padre y el Espíritu Santo eres bendecido por todos los siglos.

Yo Alfonso, en todo y por todo el último de tus esclavos y siervos, á tí me dirijo porque hablé de tí, expresándome con las palabras de tu padre. Acórreme, ayúdame, dignate recibir los votos que con lágrimas, suspiros y lamentos te dedico, y vuélveme la alegría contándome entre los redimidos que renuevan las glorias de los ángeles. Y pues que eres tú el Rey de los reyes, y gobiernas juntamente las celestiales regiones y la tierra, y eres tan solícito en conceder la justicia, por la duración de los siglos, distribúyenos por el mismo tiempo para obtenerla, buenos reyes, jueces y leyes.—Y puesto que los godos con su rey *Roderico* perdieron el reino y la gloria por su soberbia en la era DCCXVIII (2), te ofrezco entre las diversas naciones, la esclavitud *Spania*, que no es la menor de estas, y que resplandeció en otro tiempo con las victorias de aquellos con razon, pues sobrevino la espada de los árabes; mas de esta calamidad, ¡oh Cristo! nos libráste suscitando con tu diestra á tu siervo *Pelayo*, que allá en el principio, sublimado á príncipe y peleando siempre con victoria, les venció y exterminó, defendiendo y ensalzando á los cristianos y astures.—El ilustre rey *Froila*, hijo de su hija, edificó y adornó dos iglesias en este lugar que llaman *Oveto*. La mas sobresaliente es la que está dedicada á tu sagrado nombre y por tu nombre, y que ostenta altares á los doce apóstoles (3); la otra es la erigida á tus Santos mártires *Juliano* y *Basilisa* (4), cuyos votos te rogamos, oh Cristo, quieras recibir agradablemente, mirándolos con ojos de piedad. Lleguen también á tí los que el mismo *Froila* refiere en el testamento que escribió y firmó, y que nosotros en honra tuya confirmamos, pues queremos te pertenezcan por perpetuo é irrevocable derecho. A lo que va expresado agregamos, ¡oh Señor! en tu alabanza nuestros votos, y con ellos dedicamos nuestros dones.—Te pedimos protejas con tu poderosa diestra, tanto á nosotros como al pueblo con quien estamos mezclados, y nos des victoria contra los enemigos de la fé, y por tu clemencia santifiques este templo, y que todos los que en él oran, siempre prontos á restaurar tu Santa casa, reciben el perdón de todos sus pecados, y en cuanto aquí, sean defendidos con el escudo de tu proteccion, del hambre, peste, enfermedad, y guerra; y mas felices y gozosos en el siglo venidero, posean con los ángeles el reino de los cielos. Por lo mismo, Señor, ofrecemos por la gloria de tu nombre, juntamente con los aquí presentes á tu Santo altar, fundado en la ya nombrada Iglesia, y á los restantes altares de los apóstoles, y á los de tus mártires *Julian* y *Basilisa* (puesto que he nacido, y recibido en este suelo las regeneradoras aguas del bautismo), todo aquello que aquí presentamos en esta escritura segun la usanza nuestra, es á saber:

El átrio que está cercado de muros en derredor de tu Iglesia (la que con tu auxilio terminamos en siete (5)... con todo lo que contiene, como el acueducto, casas, y demás edificios que allí levantamos.—Para ornato de la Iglesia, primeramente, catorce velos de lana, dos de seda de color blanco, trece velos de lino para adorno (6), seis frontales de lana para el altar principal, con dos cubiertas de lana para el mismo y para el facistol del Evangelio, túnicas de lino (7), XXV frontales de lana para los otros altares, doce frontales de lino (8) para adorno y XXV túnicas de altar.

Servicio de plata:—cruz de plata, jarra de plata, palangana de plata, XV candelabros de plata con lamparilla de vidrio, y XI lamparillas de plata de otro candelabro, un incensario de plata y otro de cobre, caja de plata para el incienso, naveta de plata para el incienso con pié de bronce, y libros para la biblioteca (9)... clérigos *Salmistas* esclavos (10); *Nonelo*, presbítero, *Pedro*, diácono, que adquirimos de *Corbello* y *Fafilana*; *Secundino*, clérigo, *Juan*, clérigo, *Vicente*, clérigo, hijo de *Crescentio*; *Teudulfo* y *Nonito*, clérigos, hijos de *Roderico* y *Eneco*, clérigo, los que compramos con los productos de la victo-

ria... (1)... Además los restantes esclavos, esto es: *Galindo* con su muger llamada *Dewota* y sus cuatro hijos, *Centullo*, *Garsea* y *Juan*, que adquirimos de *Cristóbal*, y su hija *Huona*, que compramos á *Elia-cer*; *Elinacio*, hijo de *Salamino*, *Crescentio*, con su muger *Romana*, y sus dos hijos, que adquirimos de *Teodosinda*; *Witerico* con sus cinco hijos, que adquirimos de *Sisenando*, y de sus hermanos, hijos del nombrado *Juan*; *Ereculfo*, con su muger *Reciseinda* y sus tres hijos, que adquirimos de *Juan*, y *Miron* hijo de *Gogiloí*, hijo de *Teodocelo*, hijo de *Quiro* (1)... Tóyas son, ¡oh Señor! todas las cosas, y así solo te devolvemos las que de tu mano recibimos. Pedimos á tu profundísima piedad las aceptes plácida y benignamente como tuyas, en gloria del sacrificio de tu sagrada sangre, y que por la señal invencible y veneranda de tu cruz nos remuneres con celestiales dones, y como premio de nuestra piedad nos ampare. A tí, fortísimo Señor, que eres Dios, impenetrable é invisible, Dios de Israel, Salvador que mandaste á Jacob volver á su tierra natal, te ofrezco estos dones en el altar que te dediqué; pues mirándonos con piedad nos libertaste de muchas tribulaciones y nos restituiste á la casa paterna. Séate este don tan agradable, cual lo eran los de tu predilecto siervo Jacob, para que bendiciéndote y alabándote en todo tiempo, alcance tu misericordia con todo el pueblo, que como queda dicho, permaneció obediente en la reconstruccion de tu Santa casa, y envianos la felicidad ahora y siempre, y por los siglos de los siglos, amen.—Cualquiera sin embargo de todos nosotros, aumentará y guardará como cosas sagradas y venerandas, las á tí, ¡oh Dios! consagradas.—¡Jesus Salvador! protégenos con los dones de tu clemencia, favorécenos, y afirmamos en la fé, y una vez afirmados, seremos con los elegidos herederos del cielo, y participes de la celestial Jerusalem. Mas si alguno de los aquí reunidos sustrajese, defraudase, ó de algun modo ocultare ó enajenare alguna cosa, sepa queda privado de la comunión de Cristo, sujeto á nuestro futuro juicio, y responsable de sus acciones. Y si cualquiera de los siervos que en este lugar donamos, se fugase, ó sustrajese al servicio de la Iglesia, cogido que sea por juicio del Señor, se le obligará á la fuerza á reunirse á sus compañeros.

Lo contenido en esta nuestra escritura sea firme y permanente en toda su fuerza y vigor, y para su valimiento abajo la firmamos con nuestra mano, con los testigos, y la entregamos á los sacerdotes de Dios y á los demás que corresponda cumplirla.

Fué hecha esta escritura de testamento y confirmacion en el día XVI de las Kalendas de diciembre, era de DCCCL.

Yo Alfonso confirmo este testamento hecho por mí.

En nombre de Cristo, *Adalfo* (5)...—En nombre de Cristo, *Quindulfo*, obispo (4)...—*Hermenegildo*...—*Recaredo*, obispo de la Sede de Calahorra.—En nombre de Cristo, *Nunila*, abad, testigo.—En nombre de Cristo, *Antonio*, abad, testigo.—En nombre de Cristo, *Pedro*, abad.—*Esteban*, abad.—*Augerico*, abad, testigo.—*Cercio*, monje, testigo.—*Veremundo*, testigo.—*Vigilano*, testigo.—*Corbelonio*, testigo.—*Félix Reselio*, testigo.—*Vigila*, testigo.—*Somma*, testigo.—*Alamarico*, por el testigo *Egicha*.—*Gundemaro*.—*Amarico*.—*Adalfo*, testigo.—*Sembano*.—*Gundiscalo*, testigo.—*Chintila*, testigo.—*Gundesindo*.—*Justo*, testigo (3).

## EL EDDISTONE.

AL SEÑOR DON LUIS MIQUEL Y ROCA.

Cual al navegante que surca á oscuras las soledades del mar, alegría y anima la vista de un faro, que sin conocerlo le tiende una mano de amigo, así me alegró en mi retiro la voz simpática que me dedicó la obra de su corazón y de su pluma. Deseoso mi agradecimiento de pagar tan grata deuda que me impone el recibido obsequio, dedico como un testimonio de aquel, los presentes anales de un faro, á mi favorecedor, no como cosa que merezca dedicarse á un escritor que tanto en todos conceptos me aventaja: sino porque es asunto apropiado á símil de que me he valido para patentizar mis sentimientos.

FERNAN CABALLERO.

## Extractos de cartas escritas á mi mejor amiga durante un viaje (6).

Apenas nos habíamos embarcado cuando se desencadenó uno de esos furiosos levantes que son el azote de la Andalucía Occidental, que aterran, que irritan y paralizan con su violento y abrasador em-

(1) Testamento, segun el uso de aquel tiempo, quiere decir *donacion*.  
(2) La era que aquí se expresa es la de 748, pues la virgulilla de la X da á este el valor de 40: el año de Cristo al que se refiere es el de 740.  
(3) Esta es la actual catedral de Oviedo.  
(4) Subsiste aun y es parroquia. Esta situada en las afueras de Oviedo, y se llama vulgarmente *Santallana*.  
(5) Así dice el original. Presumimos que este número se refiere al de años.  
(6) Serian probablemente cortinas.  
(7) Creemos que sean las albas.  
(8) Regularmente manteles ó sabañillas para los altares.  
(9) Aquí hay en el original varios renglones ilegibles.  
(10) «¿Quién eran, dice el erudito historiador *Romer*, estos clérigos esclavos que se compraban y vendían y que Alfonso el Casto regaló á su catedral? Serian, dice el mismo, clérigos musulmanes partidarios de los moros, apresados por el rey.» O tal vez fuesen clérigos cautivos que Alfonso rescatase, y que entrega á la catedral como esclavos de Cristo, siguiendo el lenguaje devoto de la época.

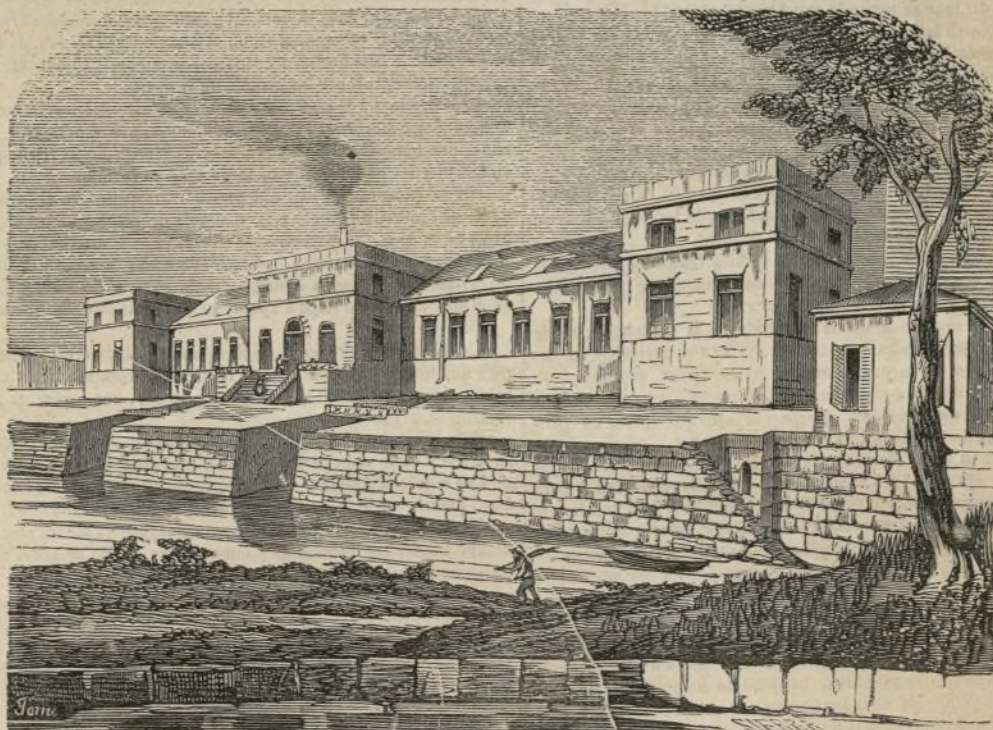
(1) Aquí hay renglones que no se pueden leer.  
(2) Aquí hay tambien un vacío.  
(3) Este era *Adalfo*, primer obispo de Oviedo.  
(4) Lo era *in partibus* de Salamanca.  
(5) Este fue el notario de la escritura.  
(6) Suprimimos con cuidado cuanto personal encierran estas cartas familiares, como poco digno de ocupar la atencion del público.



puje la marcha ordinaria de las cosas. Fué preciso renunciar no solo á salir al mar, pero tambien á desembarcarnos.

Estar dos dias presos en un barco parado, que se vuelve así un ponton, sonriendo con la vista, casi acariciando con la mano el lugar en que estan las personas que amamos, es por cierto moralmente el tormento de Tántalo refinado. —Quedarse aislado sobre la flotante isla de madera, tan cerca y tan separados de las personas de nuestro cariño, sin tener en esta anticipada ausencia, ni el caminar que distrae, ni objetos nuevos que interesan, es lo mas triste y desconsolador que puede sentir el corazon... pero ello es que el corazon nos ha sido dado para sufrir, así como la imaginacion nos ha sido dada para gozar; lo extraño es que el lenguaje haya hecho al corazon masculino y á la imaginacion femenina, en lo que ha machihembrado (pédonosenos esta espresion vulgar) lo mismo que pudiera hacerlo el mas gringo de los hijos del Reino Unido.

Esperezábanse las horas, como grandes perezosas que se hacen á bordo, y el sol se elevaba en el cielo, como si le temiese á su cotidiano baño de mar; el tiempo, que tan breve se hace á tu lado, se complacia en alargarse espantosamente como para lucir su magnífica elasticidad; agregando á esto el sentirme á la merced de las olas, esas fieras indómitas, preso entre aquellas tablas, que mal humoradas crujían y gruñían, agobiado con las insufribles ánsias del mareo, subordinado al mezquino despotismo de un vulgar capitán absoluto, repetí aplicándome á mí mismo la célebre pregunta de Geronte en las *Fourberies de Scapin* de Molière:—«*Mais ¿qué diable allons il faire dans cette galere?*» — pues ciertamente nada me obligaba á hacer este viaje de mero recreo: tal es la fuerza de las impresiones del momento, que por efímeras que sean las causas que las producen, bastan para hacer vacilar y retroceder resoluciones nacidas de deseos, cálculos y reflexiones de meses enteros.



(Fábrica de tejidos.—Vergara.)

Al tercer día, habiendo caído el impetuoso Este, empezaron los ciclopes su tarea en el entrepuente, y un negro penacho de humo, ondeando como una triste bandera de adios, anunció nuestra partida; ¡pobres ojos de madre que la vieron al través de sus lágrimas! Amor de nuestros padres, única áncora siempre segura en las borrascas de la vida!!!

Cual vimos desaparecer como sueños los sitios tan queridos que abandonábamos por otros extraños, porque lo extraño atrae, así como lo conocido retiene, haciendo este incesante arrastre siempre vacilar al hombre para mostrarle su debilidad.—Pronto nada vimos sino la torre del faro que tenia dormido su ardiente ojo que vela de noche; mas tambien á este se lo tragó la distancia, y quedamos aislados entre el cielo y la mar, ¡este tan agitado! ¡aquel tan sereno!

¡El mar! Tiempo hubo en que lo amaba, le sonreía, en él confiaba, porque no lo conocía, puesto que solo lo conoce y lo comprende, aquel que entre la vida y la muerte graduó su ira, su fuerza y su violencia, y yo me había hallado en ese caso.—¡El mar! No hay pintor que pintarlo pueda, ni poeta que pueda describirlo! El mar es una cosa sin vida y sin inteligencia, pero con voz, con movimiento y con fuerza.—El mar es un poder, es un insensato indomable déspota, que con una de sus olas burla todos los esfuerzos y prevenciones de los hombres, que no tiene dueño, y no obedece mas que á Dios!!! ¡Oh hombre! si tan pequeño y débil pareces á la orilla del mar, ¿qué no parecerás en el universo, y á la orilla de la eternidad? Así es que nada atrae mas instintivamente y con mas fervor el corazon á Dios, que el mar, porque ninguno como el que navega tiene que confiar

en la Providencia y que acudir á Dios, puesto que tiene siempre y únicamente el abismo á sus piés, el cielo sobre su cabeza.

¿A qué dejar caer esa lágrima en el mar? ¿qué es una lágrima en el mar? Lo que es una lágrima en la vida del hombre, un nada disuelto en lo infinito!

De cuando en cuando ibamos viendo las costas, que son á distancia tan fáciles de confundir con nubes ó con neblinas. ¡Con qué ávida curiosidad se fijan estas desconocidas tierras! ¡Con qué ánsia se desea su aproximacion! ¡Qué ilusiones se forman sobre lo que podrán ser aquellas misteriosas márgenes, aquel indefinido paisaje que se oculta con su calidad como una mujer con su diáfano velo! ¡Cómo se desea pisar aquellos montes y valles que la distancia presenta silenciosos y desiertos como un país encantado! —Siempre he extrañado que los navegantes hayan dejado á Newton la gloria de haber descubierto la atraccion de la tierra!

Es cierto tambien que á su vez los habitantes de aquellos sitios fijarán la veloz nave que surca tan libre y airosa, tan denodada y ligera el ancho mar, con análogos sentimientos, pues acaso nos dirán: ¿de dónde viene? ¿dónde vá la blanca pasajera? ¿vuela ó nada? ¿qué encierra en sí? ¿qué ha pasado la aventurera? ¿qué le aguarda?

Así crea nuestro instinto á lo bello, la ilusion que derrama sus prestigios sobre todo como una luz mágica: ¡la ilusion! ese encanto de la vida, de la que dice un poeta alemán que cria flores en su juventud que cortadas por la guadaña del tiempo embalsaman aun marchitas; la ilusion, ese perfume que contiene el alma inocente y poética, que muchos se esfuerzan en destruir con el escalpelo de hierro del rastreador



io-ativismo, sin considerar que es lo que intentan crimen análogo al que comete el que destruye la inocencia.

La primera costa que vimos de cerca fué el cabo de San Vicente, que se alza erguido y se hunde en lo profundo perpendicularmente cual una colosal muralla; pásase casi rozando con la imponente mole coronada por un convento y un cuartel, que parecen el uno un solitario monje, y el otro un aislado centinela, que inmóviles miran pasar los barcos, diciendo el primero: ¡quién os trajese á un buen puerto! esclamando el segundo: ¡quién os siguiese en vuestros azares? Llegamos de noche á Falmouth y solo vimos estrellas y luces, haciendo uno de los pasajeros la observación juiciosa de que en nada se diferenciaban estas de las españolas. Pero cuando al siguiente día ahuyentó una mañana clara y hermosa, aunque inglesa, las tinieblas, vimos con admiración, no á Falmouth, que es chico y feo, sino á su bahía, una de las mas hermosas de Inglaterra. Alarga la tierra sus brazos para abrigar en su seno los navíos que la enriquecen, y en las manos que casi cruza lleva para mas ampararlos en la derecha una fortaleza como una pistola, en la izquierda un faro como una linterna. Desde la misma orilla del mar se estiende aquel verde césped tan encantador, que es en el Norte la primavera, sonrisa de la primavera en el Sur, el primer beneficio de las frescas aguas de otoño, y en Inglaterra es la constante compensación que recibe de las húmedas nieblas que la entristecen, dando á aquel campo una eterna juventud como la gozan las ninfas del paganismo. Estiéndese sin interrupción por cuanto alcanza la vista, ya bajando á valles amenos, ya subiendo á colinas salpicadas de magníficos árboles, á cuya sombra descansan hermosas y pacíficas vacas, que quizás nos habrían mirado de reojo, y con sobrada razón, si hubiesen sabido que eramos del país de los Nerones de su casta que inventaron las atroces corridas de toros.

Nos trajeron á bordo, pan, fresas y leche, regalo de patriarcas, que nos agradó mucho, y despues soltando las inquietas paletas salimos de la bahía y nos internamos en el canal.

Cuál estaba nuestra atención absorbida en la contemplación de las orillas, que presumidas é incitadoras, ya se nos acercaban en sus promontorios, ya se escondían en sus golfos. Señor, pregunté á un pasajero inglés, en una ocasión en que mas ameno y sonriente se nos habia acercado un romántico paisaje, ¿es esto que vemos un parque (1)? No señor, contestó, es el campo.

Sabes que no soy anglomano, pues ni me simpatizan esas apasionadas preferencias por tal ó cual país que se suelen volver armas para zaherir el nuestro; demos al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; demos nuestra admiración á aquello que lo merezca en otros países, y demos nuestro cariño y simpatías á nuestra patria. — Así es, que imparcialmente digo, que cuanto se veía era admirable: ya las pintorescas peñas, ya los suaves paisajes, ya los siete blancos arcos de tiza, que parecían un poco de frio y desnudo invierno entre tanta lujosa primavera, ya la roca sobre la que trae Schakspeare á su rey Lear, y que conserva el nombre del gran poeta á quien el agrio y corrosivo Voltaire llamó el San Cristóbal de los trágicos. Pero lo que mas interés inspira es la perfección con que la Gran Bretaña ha sabido evitar ó disminuir los peligros que originan los numerosos escollos de sus costas, con las precauciones que los contrarestan. En Porthsmouth es el admirable Brac Nwater, soberbia obra submarina

destinada á disminuir el poderoso empuje de las olas; aquí son boyas sujetas con áncoras en bancos de arena; aquí una lancha roja como la de un pirata fijada del mismo modo, indica un escollo que esconde la mar como traidora arma prohibida. Véase la costa de Inglaterra guarnecida de faros como lo están sus paseos de faroles de gas.

Siempre han sido para mí los faros un objeto de atracción y de simpatía: la soledad y aislamiento, que son su destino; la noche y el temporal, que son su esfera; el perpétuo velar, que es su misión; la resistencia inmutable, que es su tarea (lo que les presta cual á no otro monumento, la solemnidad de las cosas inmóviles, como dice Dumas), y sobre todo esto la sublime virtud de la consagración que simbolizan, hacen que al mirar un faro quede indeciso de cuál de las impresiones que me causa su vista sea la mas profunda, si el respeto en mi alma, ó el enternecimiento en mi corazón. ¡Oh, si! un faro es despues de una iglesia el mas santo de los monumentos! ambos tienen el mismo fin, guiar, alumbrar, consolar y salvar.

Pero entre todos estos consejeros de piedra, estos guías de luz, descuella el Eddistone. Solo y aislado en medio de las olas se alza el ermitaño del mar, ante el cual no puedo menos que detenerme para inquirir quéhada enamorada de un marino lo trajo allí por los aires, ó qué encanto le hizo brotar del seno del mar para guardar en él una princesa perseguida por los gnomos de la tierra.

Pero dejemos á la tradición referir la crónica del Eddistone, que lo hará mejor que la seca y prosaica historia, que al presentar los hechos, procede como al formar los árboles genealógicos, los despoja de su follaje y de sus flores, de su savia y de su perfume.

Alzase en medio del mar una roca aislada; apenas, si, el furor de las olas ó el ímpetu del viento y la violencia de las corrientes dejan posarse en su estrecha cumbre á las silvestres aves marítimas, y la humanidad, esa santa heroína, estiende sobre ella su mano y levanta allí un castillo que no llega á conmover todo el furor del mar, y enciende en él una luz que no llega á apagar toda la violencia del viento.

Fuécidió esto así:

Un hombre se ofreció á erigir sobre la aislada cresta de aquella roca una torre que llevase en su frente el salvoconducto de innumerables vidas, una luz en la noche mas oscura, una esperanza para el corazón mas abatido.

Este hombre tenia un buen ángel á su lado, pues solo este pudo sugerirle y darle valor para emprender esta obra portentosa; y cuando solo faltaba la última piedra, el mal espíritu, celoso del triunfo del ángel bueno, envió al arquitecto su mejor axiliár, el orgullo, que se apoderó de él y le hizo decir: estoy tan seguro ya de mi obra, que desafío á todas las tormentas y tempestades, y aun al poder de Dios de impedirme el concluirlo.

Aquella misma noche se desencadenó tal temporal, que cuando el día corrió el velo de la noche, los consternados habitantes de la costa no divisaron en el mar sino la negra, calva y aislada roca—el arquitecto y su obra habian desaparecido—el viento descansaba de su violento arrebato—la mar acababa de borrar con sus olas las últimas puertas de la obra del prevaricador.

Andando el tiempo se labró el faro que hoy existe, y como no profanó la santa obra una blasfemia, se concluyó y subsiste para bien de la humanidad que peligra, para gloria de la humanidad que ampara.

(1) Grandioso bosque, jardín.

FIN DEL TOMO DE 1851.

